

XII Laboratorio de Escritura Teatral



La urbanización
ROCÍO BELLO

56 verdes diferentes
BEATRICE BERGAMÍN

La obra del mar
ALESSANDRA GARCÍA

Un castaño, un almendro o un árbol que dé fruta
LAURA MIHON

Hay un perro que camina en la niebla
SERGIO SERRANO

Ídolo. Episodios de mutismo selectivo
ANA TORRES PEÑALVER

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de estas obras ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ellas dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de estas obras, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

XII LABORATORIO DE ESCRITURA TEATRAL

Primera edición, 2025

© De *La urbanización*: Rocío Bello Castro

© De *56 verdes diferentes*: Beatrice Bergamín Serredi

© De *La obra del mar*: Alessandra García Rodríguez

© De *Un castaño, un almendro o un árbol que dé fruta*: Laura Mihon Niculescu

© De *Hay un perro que camina en la niebla*: Sergio Serrano Rovira

© De *Ídolo. Episodios de mutismo selectivo*: Ana Torres Peñalver

© Del Prólogo: Pablo Messiez

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2025

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico: José Luis de Hijes

Maquetación y procesos digitales de edición: spandaeditorial.com

Corrección: Susana Pulido. Logotipo de la colección: Francisco Nieva

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

www.fundacionsgae.org

publicaciones@fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-959-1

ISBN electrónico: 978-84-8048-960-7

DL: M-16217-2025

La urbanización

ROCÍO BELLO

MANOLO.— Hola, mi amor.

CONSUELO.— Ya has vuelto.

MANOLO.— Aquí estoy, *darling*.

CONSUELO.— Siempre me creo que no vas a volver¹.

Te veo salir, en ese coche diminuto, tan viejo, tan gordo, tan torpe, y te digo adiós de verdad. Adiós para siempre. Y durante un rato me creo que soy viuda por fin. Hasta que vuelves.

MANOLO.— No había pan.

CONSUELO.— Pero es un misterio, siempre vuelves.

MANOLO.— ¿Dónde meto todo esto?

CONSUELO.— En la nevera de abajo no hay sitio, está llena de refrescos y cervezas. Y aquí arriba está la comida.

MANOLO.— No sé si habrá suficientes.

CONSUELO.— Si no hay suficientes que beban agua. ¿El pan?

MANOLO.— No había pan. Ya te lo he dicho.

CONSUELO.— ¿Cuándo me lo has dicho?

MANOLO.— Ahora mismo.

CONSUELO.— Tienes una voz muy parecida al de la novela.

MANOLO.— ¿A cuál?

CONSUELO.— Al malo. Tu voz se parece a la del viejo moribundo.

MANOLO.— ¿El cacique?

CONSUELO.— No, el criado.

MANOLO.— He llegado y te he dicho: “No había pan”.

CONSUELO.— ¿No había pan? ¿Cómo que no había pan? ¿Desde cuándo no hay pan?

MANOLO.— Nunca me escuchas. Te he dicho que hoy no había pan porque Bernardina está con su hija en el hospital de Torrevieja. Se ha caído en el lavadero de fruta de la cooperativa. Dice la encargada que se le cayó un anillo y se metió a buscarlo. Lo que no pensó en ese momento es que eso es una lavadora para fruta pequeña. Si metes una sandía, acaba machacada por las palas, no cae a la cinta. Y para la lavadora, la chica era una fruta grande. No deberían llevar anillos esas muchachas.

CONSUELO.— Que lleven lo que quieran, pero que no se metan a buscarlo.

MANOLO.— Han cerrado la cooperativa y van a guardar tres días de luto porque, aunque aún no se haya muerto, no hay muchas naranjas en este momento. Si paran un par de días, les cunde más el trabajo cuando vuelvan.

CONSUELO.— Todo eso ¿quién te lo ha contado?

MANOLO.— Roberto el ferretero, porque después fui a por la plancha para los langostinos. Ya te lo he dicho. ¿Acaso no quieres langostinos?

CONSUELO.— No quiero langostinos.

MANOLO.— Pues eso, tú me dices que quieres langostinos y, como no tenemos la plancha de los langostinos en buenas condiciones, me he ido a la ferretería a por otra plancha para los langostinos. Roberto me vendió la plancha y quiso darme su pan porque sabía que venían mis amigos los ingleses y que teníamos un compromiso, pero ya se lo había dado a otro. Yo le dije que no se preocupase, que a los ingleses, aunque fuesen mis amigos, lo mismo les da comerse el pan gallego de Bernardina que una esponja de baño. Luego me dijo Roberto de tomar una cerveza y yo le dije que era muy temprano, las diez de la mañana, y él me contestó que era la hora perfecta para una cerveza porque llevaba mucho tiempo despierto, y yo le dije que nadie lo diría, que tenía los ojos muy hinchados, como de persona recién levantada, y él me contestó que los ojos no los tenía así de sueño, los tenía así porque le habían picado unas avispas en el invernadero, así que nos fuimos a tomar una cervecita.

CONSUELO.— ¿Hay pan de molde?

MANOLO.— Sí.

CONSUELO.— Pues colócalo en la cesta. ¿Adónde vas?

MANOLO.— A ningún sitio.

CONSUELO.— ¿No piensas ayudarme?

MANOLO.— Claro que sí.

CONSUELO.— Es que puedes ayudarme o quedarte ahí sentado mirando. Ven y ayúdame, vamos. Mejor no, mejor quítate, a veces no haces otra cosa que molestar. Qué insoportable es quitarles la piel a los huevos cocidos cuando sale mal la piel —la cáscara, digo—, y qué agradable y placentero es quitarles la cáscara cuando se les saca con facilidad. Y no son muchos, Manolo, casi ningún huevo es fácil. A mí, que nunca me ha gustado cocinar. ¿A que nunca me ha gustado cocinar?

MANOLO.— No.

CONSUELO.— ¿Por qué hemos aguantado más de treinta años en un comedor?

MANOLO.— Porque la comida estaba hecha.

CONSUELO.— Exactamente. Y aquí me tienes, cocinando sin necesidad. Trabajando hasta en vacaciones. Como una esclava.

MANOLO.— No estamos de vacaciones. Estamos jubilados. No es lo mismo. Los rosales están secos.

CONSUELO.— Claro que están secos. No me aburro lo suficiente como para tener sanos los rosales. Una esclava es siempre una esclava y no otra cosa. Una esclava del padre, una esclava de Margaret Thatcher, una esclava de Olay, una esclava de los maridos y una esclava del puto golf. Qué harta me tiene el golf. Se podrían comer todos esos gilipollas sus propias bolas. Mira este huevo, Manolo, es como una pelota de golf.

MANOLO.— El huevo es más grande.

CONSUELO.— Me dirás también que una pelota es redonda.

MANOLO.— Es que una pelota es redonda.

CONSUELO.— Es lo mismo, Manolo, es lo mismo. Pero, para mi desgracia, no se comerán sus pelotas porque no se llegan. Se comerán estos huevos que yo misma he pelado, cuarenta y ocho huevos para seis personas, y tres pollos asados con patatas y boniatos. Y una *green salad*. Y dos piñas con los quesos pinchados. Y el puto *gravy*.

MANOLO.— Se dice *greivy*.

CONSUELO.— Qué manía le tienes al andaluz, Manolo. Sus muertos enterrados en *greivy*. Llegan, jugáis al golf; coméis, jugáis al golf, y, eso sí, cuanto más borrachos, mejor. Ahora te ha dado por organizar estas cosas. Y cuando no ha sido el golf, ha sido el fútbol, o lo que es peor: los españoles. ¿Te acuerdas de la mierda de fiestas de la Casa Española? Porque yo sí. Y por otro lado, la familia; si no son unos, son otros. Siempre buscando excusas para estar con gente. Yo no sé por qué te empeñas en invitar a gente, con lo bien que estamos solos en casa. Después de comer, y jugar, y beber, os iréis al karaoke. Incluido tú. Qué vergüenza. No os importa hacer el ridículo en público. Y en el karaoke volveréis a jugar a que Peter es invisible. La última vez que jugasteis a eso le dio un ataque al corazón. ¿Te acuerdas? Porque yo sí. ¿Qué estaba cantando?

MANOLO.— No llegó a cantar.

CONSUELO.— Porque estaba casi muerto, pero ¿qué era?

MANOLO.— Una canción de Elton John².

CONSUELO.— Fíjate, Elton John. Que a ver quién le ha dicho alguna vez a Peter que puede con una canción de Elton John. Es verdad que le gusta cantar, pero qué pecado la falta de talento. Bebéis mucho y no sabéis lo que hacéis.